Estatuaria huetar del sacrificio humano(*)

Por Jorge A. Lines

Profesor de Etnología en la Universidad de Costa Rica

En el laberinto arqueológico de Costa Rica se destacan ciertos grupos de artefactos típicos que ameritan una minuciosa investigación. Nuestra arqueología es en extremo variada, y ya hoy día se han efectuado suficientes excavaciones para tener a nuestra disposición un amplio y rico conjunto representativo, digno de análisis e interpretaciones. Nos restan por hacer, sin embargo, mayores exploraciones estratigráficas científicas y comparaciones, para determinar aspectos tan imprescindibles como lo son la cronología de los hallazgos y densidad de las interrelaciones y vinculaciones en épocas prehispánicas.

Todo nuestro territorio nos ofrece figurillas, cerámica y estatuaria del extendido tipo arcaico, pero por sobre los estratos de esta primitiva cultura aparecen productos de carácter altamente evolucionado. Tal acontece con los hallazgos que se efectúan en la península de Nicoya, de incuestionable origen chorotega; y también con los de casi todo el resto del país, atribuídos a la cultura huetar. De este último grupo racial que es el de mayor extensión territorial entre nosotros no debemos excluir la zona que llamamos brunka, ubicada en la cuenca del Dikrís, o sea el Río Grande de Térraba, en cuya arqueología fácilmente se advierte una continuidad con los artefactos de los chiriquíes de allende la frontera, sus colindantes meridionales de afinidades chibchas.

Este apelativo de "huetar" con que se designan tanto las tribus aborígenes centrales de Costa Rica, como su cultura, requiere una breve explicación. Un tal cacique Huetara, cuyo nombre aparece por primera vez consignado por Andrés de Cereceda en su nómina de rescates como tesorero de la expedición del capitán Gil González de Avila a través de Costa Rica en 1522, es quien indirectamente dió origen a tal denominación. Años más tarde el primer cronista real de Indias, Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, al realizar una exploración por esa misma zona, repitió la palabra "guetares" (que él fonetizó con "g" en vez de la "h" aspirada más usual ahora), en su carta corográfica del Golfo de Nicoya. En esta carta, las serranías hacia el levante llevan ese toponimio epónimo, y aun el golfo propio lo inscribe Fernández de Oviedo como: "golpho de nicaragua ats. de guetares o de orotiña". De este modo quedó consagrado este vocablo para designar, no con un nombre racial, sino con un simple patronímico, el mayor núcleo indígena de Costa Rica. Este cacique Huetara fué uno de los de menor importancia de aquella época, pero sí el favorecido por el azar para que nuestras tribus, al ostentar su nombre, le inmortalizaran.

(*) Conferencia leída ante la Sociedad Mexicana de Antropología, el 6 de enero de 1942. Reimpreso del estudio publicado en la «Revista Mexicana de Estudios Antropológicos", Tomo VI, Nº 1-2, Enero-Agosto 1942, México, D. F. Colaboración artística del orfebre francés Monsieur Louis Féron.

Los cementerios de estos núcleos huetares han contribuído al acervo y patrimonio arqueológico de Costa Rica con un conjunto de reliquias en extremo interesantes. Señalemos como los grupos de mayor importancia, primero: el de los grandes altares ceremoniales, luego: las mesas circulares para ofrendas y la abundante orfebrería, y de último: la enorme variedad de lítica iconológica.

Muchos relatos históricos de conquistadores y de catequizadores nos ponen en conocimiento de algunos aspectos de la teogonía indígena, de ciertas de sus costumbres prevalentes, de ceremonias de culto y festivales agrícolas de siembra y recolección, o bien de aquellos que efectuaran de corriente en homenaje o expiación a señaladas deidades. Basados sobre algunas de estas revelaciones ya nos ha sido posible el identificar ciertas costumbres históricas con determinados objetos arqueológicos. Me refiero, primeramente, a nuestras frecuentes estatuetas que representan fumadores rituales y que son trasunto de la actuación del médico-sacerdote-hechicero, el "sukia" de los huetares (1); y segundamente, a las pequeñas cabezas-retrato, líticas asimismo, que se usaron en los ritos exequiales de personajes destacados (2). Pero nos restan aún muchos tipos de estatuetas por identificar. Entre las de aspecto más enigmático tenemos un ídolo genuflexo o bien de pie, con una mano sobre la cadera y la otra que lleva a la frente en un aparente saludo ritual; otro ídolo, de pie y con doble o triple tiara sobre la cabeza y una máscara de lagarto, adminículo indispensable para algún rito especial, es otra estatueta de las que constituyen tipos únicos en nuestra idología.

Hoy quisiera exponer ante la Honorable y docta Sociedad Mexicana de Antropología, unas sucintas notas y comentarios, dentro de la estatuaria lítica huetar, sobre un conjunto de esculturas de condición afine, que nos evidencian y confirman claramente el cruento sacrificio humano, tal cual lo practicaran las tribus indígenas de Costa Rica. Las referencias históricas no son en ningún caso individual lo suficientemente extensas ni explícitas que deseáramos, pero si aunamos todos esos datos dispersos, vagos y faltos de coherencia, podríamos formar con ellos la base para una reconstrucción histórica y para intentar la interpretación arqueológica.

Existen en nuestras fuentes documentales coetáneas de la conquista y pacificación, una gran cantidad de referencias que atestiguan y afirman la preponderancia de que gozaba entre las tribus de todo Costa Rica el sacrificio humano y la frecuencia con que se celebraba ese sangriento rito. Invoco como prueba el testimonio, entre otros muchos que podríamos citar, el de cronistas tan veraces y dignos de aceptación como lo son el fraile mercedario Francisco de Bobadilla, nuestro malogrado primer adelantado Juan Vázquez de Coronado, y el provincial de la orden de San Francisco, fray Agustín de Ceballos. Sin embargo estos relatores fundamentales, tan acuciosos narradores de ciertos aspectos indígenas, no hacen ni la menor alusión acerca de una estatuaria reminiscente del sacrificio, limitándose a describir aspectos del sacrificio en sí. No quiero con esto pretender insinuar que esta estatuaria fuese contemporánea de la conquista; al contrario, creo que la época de su aparición debe ser bastante remota; pero sí cabe pensar que un rito que fuera

---

(1) En: Lines, J. A.: "Sukia, tsúgür o isogro", San José, C. R., 1938.
(2) En: Lines, J. A.: "Cabezas-retrato de los huetares". San José, C. R., 1940.

Ilustración No. 2.—Sacrificador huetar. Tipo A-1. Altura: 39½ cmts; (Museo del autor)

Ilustración No. 2.- Sacrificadores huetares Tipo A-7. Altura 35¾ cmts ; (Museo Nacional de Costa Rica)

Ilustración No. 3 —Sacrificador huetar con diadema de cabecitas. - Tipo A 3. Altura 35½ cmts ; (Museo del autor)

Ilustración No. 4 —Sacrificador huetar. Tipo B-2.
Altura 29½ cmts.; (Museo del autor)

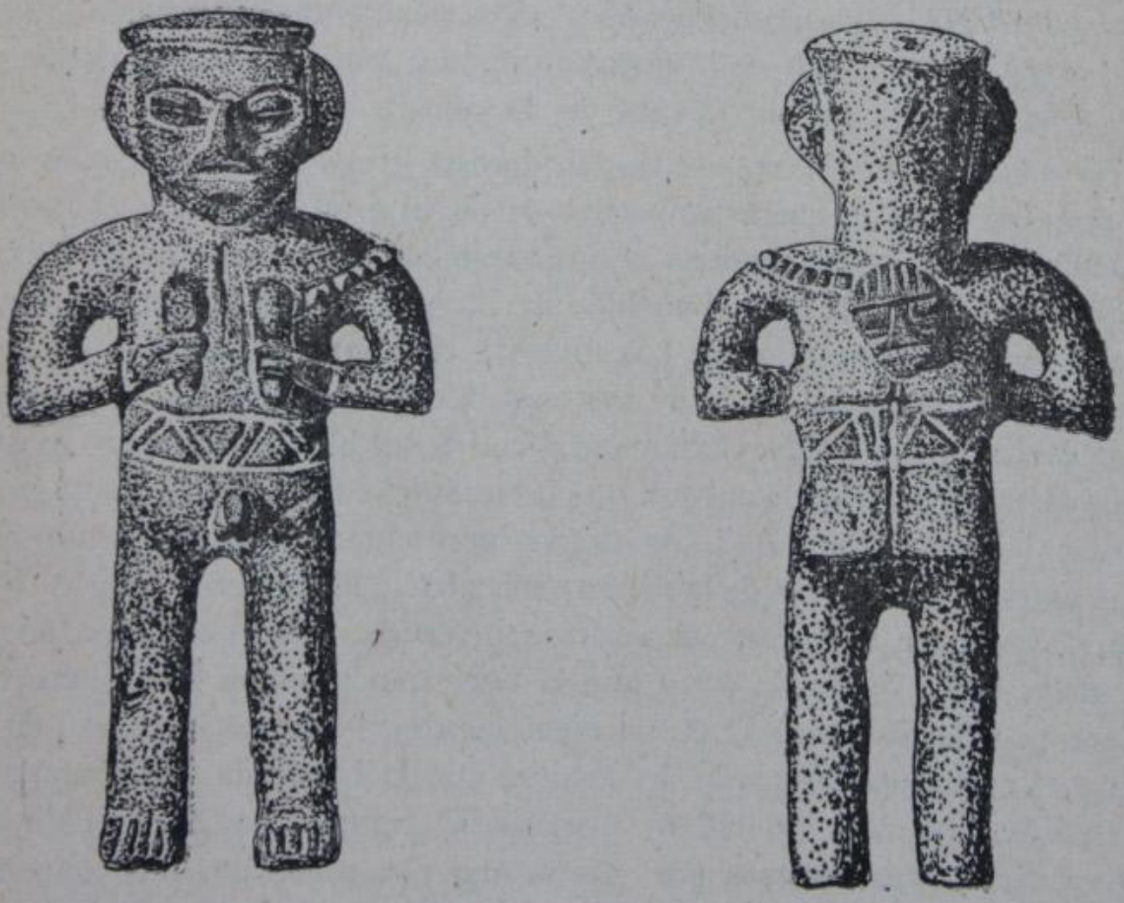


Ilustración No. 5.—Sacrificador huetar. Tipo C-4.
Altura 12½ cmts.; (Museo Nacional de Costa Rica)

en tiempos pretéritos tan generalizado y que subsistía aún vigorosamente en el siglo XVI, no hubiese trascendido en alguna forma plástica que pudiera haber llamado la atención de los españoles, tanto más cuanto que para ellos era ésta una costumbre insólita.

El significativo grupo lítico que vengo a denominar del sacrificio huetar consta, hasta ahora, de tres arquetipos de esculturas cuyo tamaño oscila entre ejemplares de unos pocos centímetros de altura, hasta llegar a casi el tamaño natural; creo posible que futuras excavaciones nos ofrezcan otros tipos adicionales. Todas estas estatuetas, típicas y peculiares de Costa Rica, son labradas en redondo, algo escorzadas como lo son casi todas las de arte nativo, aparecen in puris naturalibus, y la única indumentaria ocasionalmente aparente, la constituyen un birrete y un breve cinturón, ambos tejidos con dibujos geométricos o zoomorfos. Rara vez ostentan algún adorno suntuario como un collar de sartas o ajorcas. La cabeza de la víctima es, en cada caso, el elemento característico de este grupo, y común a todos los diferentes tipos. Que yo conozca, no existe en ninguna otra zona arqueológica de América, un complejo tan homogéneo de tallas ilustrativas del sacrificio humano, como el de la región huetar en Costa Rica, que motiva estas líneas. Curioso es el hecho de que estos tipos de estatuetas tan corrientes en la lítica, no se han hallado reproducidas ni en nuestra metalurgia ni en nuestra cerámica, que sepamos.

Estas estatuetas afines son de aparición constante en los cementerios huetares y deseo hacer énfasis de que no se trata de hallazgos esporádicos, únicos o aislados, a los que podría atribuirse una procedencia exótica. Muy lejos de ello, ciertamente, pues abundantes ejemplares de la mayoría de los tipos que describo, se catalogan con fijeza como procedentes de los yacimientos conocidos y esparcidos por todo el país. Este grupo de iconoesculturas del sacrificio es una de las más destacadas peculiaridades de las reliquias de la cultura huetar.

La estatueta más frecuente dentro de este grupo del sacrificio, y que denominaremos tipo A, es la que nos muestra de pie al gran sacerdote, el "usékara" en la vernácula bribrí, y quien sostiene en una mano la cabeza ya escindida del cuerpo de su infeliz víctima, y en la otra el cuchillo de sílice de que se sirviera para ello. Esta representación de la decapitación nos muestra el momento supremo de la ceremonia. La postura más usual, es la de sostener la cabeza segregada, de frente, con la mano izquierda, y el cuchillo con la mano derecha, sea el tipo A-1; pero existen algunos ejemplares de individuos zurdos, que ostentan el cuchillo en la mano izquierda y la cabeza en la derecha, tipo A-2, como se ve representado en la ilustración número 1. En otras muestras, la cabeza de la víctima mira hacia la izquierda, tipo A-3; algunos ejemplares sostienen la cabeza en posición invertida, tipo A-4, como puede verse en Hartman, 1901, figura 3; otros aún la tienen en posición horizontal, tipo A-5, en ibidem, plancha 3, figura 1; en un ejemplar único aparece la cabeza en la mano derecha y el cuchillo enmangado, lo sostiene con la izquierda, inusitadamente contra la espalda, tipo A-6, en ibidem, plancha 62, figuras 1 y 2; y finalmente citemos otros ejemplares, escasos por cierto, que nos presentan una actuación conjunta de dos oficiantes, unidos por los brazos, uno de los cuales sostiene la cabeza solamente, y el otro el cuchillo, según se ve en la ilustración número 2, y que constituye el tipo A-7.

Poseo en mi pequeño museo un ejemplar del tipo A-3, que siempre me ha llamado la atención por la especial decoración adicional que ostenta la cabeza del sacerdote. No sé de qué cementerio proviene, ni cuándo ni por quién fué excavada; la cabeza de este "usékara" está decorada con una diadema de tres cabecitas humanas, que quizás podrían denotar sacrificios infantiles. Es éste el único ejemplar que conozco con tan peregrino y macabro aditamento. Véase la ilustración número 3.

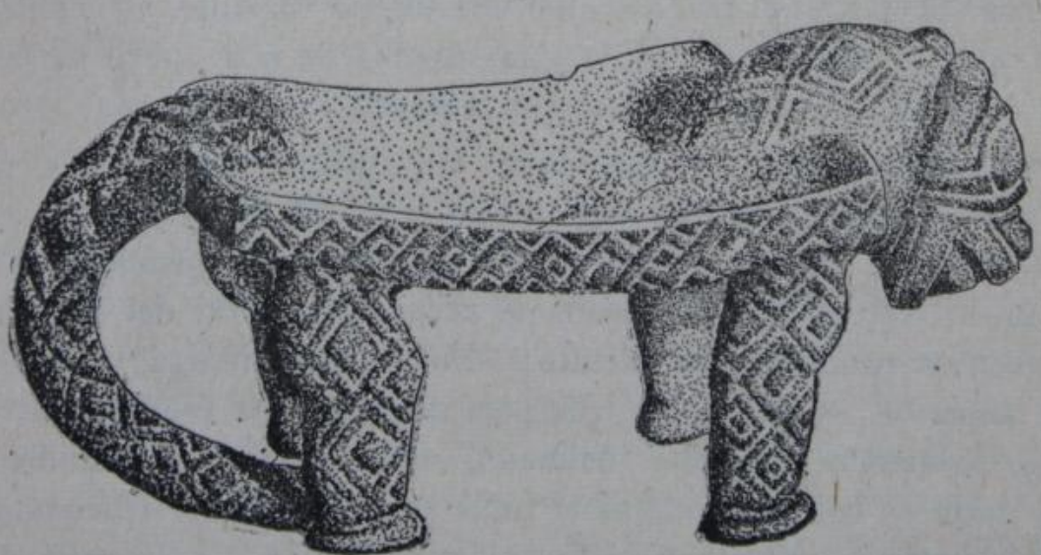
Otra estatueta favorita, es la que tenemos en el grupo B, aquella que nos presenta al sacerdote, ya descartado el cuchillo, cuando en un momento solemne de este ceremonial ofrecía al pueblo la cabeza de la víctima, sosteniéndola con ambas manos frente al abdomen. La posición de la cabeza varía más o menos de altura, así como la posición de las manos del sacerdote; unas veces la derecha aparece arriba, tipo que llamaremos B-1, y otras la izquierda va arriba, que denominaremos tipo B-2. Véase la ilustración número 4. De este arquetipo es del que se conocen menor cantidad de variantes, pero mencionaré un ejemplar notable, que no recuerdo en qué museo lo ví, cuyo "usékara" sostiene en cada mano una cabeza, tipo B-3.

La última estatueta del grupo del sacrificio y que es la menos frecuente, nos enseña otra extraña fase del ceremonial: aparece la cabeza de la víctima suspendida de una cuerda que baja por la espalda del sacerdote. Es éste el tipo C, y entre los ejemplares conocidos, existen algunas variantes. La primera de éstas, la C-1, es la que sostiene la cabeza colgante con la mano izquierda, y en la derecha blande el cuchillo; otra variante, en todo idéntica a la anterior, pero con la cabeza invertida, la llamamos C-2; otra nos muestra ambos la cabeza y el cuchillo suspendido por cuerdas que bajan por la espalda del sacerdote quien las sujeta con las manos sobre su pecho, es el tipo C-3; en una última variante, C-4, tenemos la cabeza colgando por la espalda del ídolo y las manos de éste sobre su pecho, con un cuchillo en cada una. Véase la ilustración número 5.

Parte integrante y muy importante que incluyo dentro del grupo lítico del sacrificio humano huetar, la constituyen una serie de vasos y ciertos erróneamente llamados metates. Según la descripción del licenciado Cecilio A. Robelo en su "Diccionario de Aztequismos", que da la acepción general del significado de este vocablo, debemos entender por metate: "Piedra cuadrilonga y algo abarquillada en su cara superior, sostenida en tres pies de la misma piedra, dos delanteros y uno trasero, formando un plano inclinado, sobre el cual, y estando arrodilladas, muelen las mujeres con el meclapil el maíz y otras cosas". Haciendo caso omiso de las restricciones en cuanto a la forma cuadrilonga y a la calidad de trípode, muchos de los ejemplares que forman el ajuar del sacrificio huetar, podrían caer dentro de la definición anterior, pero una gran mayoría de nuestros metates por su tamaño reducido, por la carencia absoluta de vestigios del desgaste producido por la acción de moler, además de tener éstos un alto reborde que los circunda, excluiría estos supuestos metates huetares, de un asocio inmediato con artefactos culinarios. Debido a estas características, me inclino a separarlos de este grupo doméstico y a adscribirlos a otro grupo, éste de significación hierática.

En la elaboración de especímenes de estos pseudometates hizo el aborigen huetar, verdadero gran alarde de la versatilidad de su habilidad artística, exor-

Ilustración No. 6.—Metate ceremonial huetar. Tipo A-5.
Longitud máxima 34 cmts.; (Museo del autor)



Ilustracíón No. 7.—Metate ceremonial huetar. Tipo A-2.
Longitud máxima 46 cmts.; (Museo Nacional de Costa Rica)

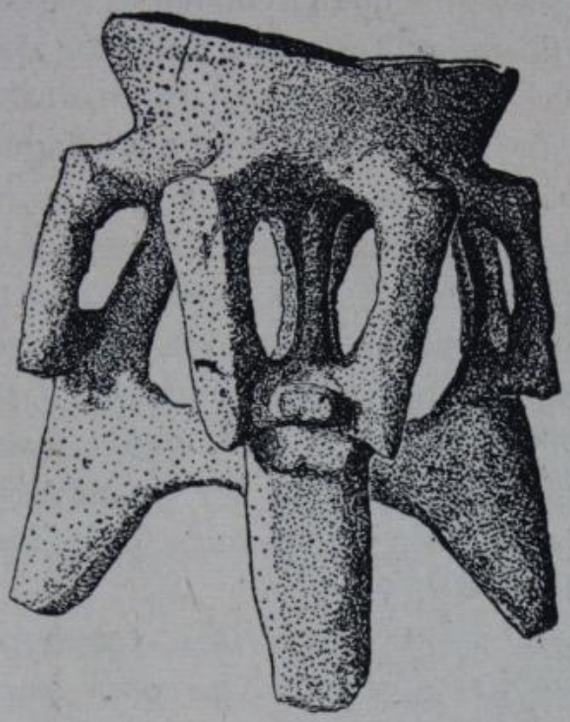


Ilustración No 8 —Vaso caliciforme huetar. Altura: 27½ cmts.; (Museo del autor)

Ilustración No. 9.—Vaso cilíndrico huetar. Altura: 16½ cmts.; (Museo del autor)

nándolos con bellas grecas y dibujos que circundan el reborde y adornan la cabeza, cola y piernas de las figuras que representan. Podemos decir que el arquetipo de estos metates-efigie, que no vacilo en llamar ceremoniales, su forma más frecuente, es la oval, el tipo A-1, que afecta forma de jaguar con cuatro soportes y cuya cola, formando una curva, va a pegar a uno de los pies traseros. Otros son rectangulares, véase la ilustración número 7, tipo A-2, y algunos tienen la cola extendida, tipo A-3, en cuyo extremo a veces aparece otra cabecita de jaguar; otros aún tienen dos cabezas, en lados opuestos, y carecen de colas, tipo A-4; un tipo adicional, más decorado que los ya mencionados, ostenta entre los soportes laterales, figuras antropomorfas, tipo A-5, según puede verse en la ilustración número 6; y por último mencionemos los ejemplares que representan otros animales como la tortuga, tipo A-6, y aves como la lechuza, tipo A-7; la guacamaya, tipo A-8; la lora, tipo A-9, y otros.

Mucho menos frecuentes que los metates ceremoniales, lo son los vasos caliciformes, véase la ilustración número 8. La poca frecuencia de este tipo de vasos y la belleza de algunos de ellos, nos hace catalogarlos, a la par que a los metates mencionados, como rituales, y excluirlos, desde luego, de un posible uso casero.

En la ilustración número 9, tenemos un vaso cilíndrico, de base plana, forma rarísima en la litoescultura de Costa Rica, tipo que también me permito incluir en el grupo ceremonial. La pared exterior está esculpida con representaciones estilizadas del jaguar y algunas geometrizaciones.

La delicadeza escultural de todos estos metates ceremoniales, de los cálices y vasos cilíndricos, que se destaca muy alto por sobre la sencillez de los utensilios corrientes culinarios de formas análogas, nos hace presuponer y afirmarnos en la hipótesis expuesta, de que su uso se ceñía dentro del ritual del sacrificio. Tengo para mí que estos vasos sirvieron para colocar el corazón, que según nuestros primeros historiógrafos, ofrendaba y comía el gran sacerdote, quien además luego recogía la sangre vaheante con que debía ungir sus ídolos. Estos nuestros receptáculos hieráticos de los huetares, me parece que muy bien podrían designarse con la voz nahua de "cuauhxicalle", i. e., "jícara de los guerreros águila", "vaso para corazones", puesto que precisamente era éste el uso a que estaban destinados, íntimamente ligados a las funciones del "usékara" en el ritual del sacrificio. El uso de este vocablo no me parece que pueda tildarse de exótico en estas tierras huetares, y se justificaría ya que en tiempos de Motecuhzoma el Xocoyótzin, fueron estas tierras de Costa Rica una lejana posesión, subordinada al gran imperio azteca, con tres establecimientos dentro de nuestro actual territorio, en Bagacís, el Suerre y Corotapa, con su propio recaudador de tributos, el "tiquitlato" de Fernández de Oviedo, y cuando hasta a un cacique, Istolín, se le menciona como súbdito del Emperador.

Hacienda "Montserrat".
San Rafael de Coronado, Costa Rica.
Noviembre 1941.